

La conjura de los letrados

Octavio Paz

PALABRAS MAYORES Y MEDIAS PALABRAS

Cipión: ¿A murmurar llamas filosofía?
Cervantes, *El casamiento engañoso*

En 1990 *Vuelta* organizó un encuentro internacional: *La experiencia de la libertad*. Aunque la reunión tuvo resonancia nacional e internacional, la reacción de la mayoría de nuestra prensa fue, más que crítica, enconadamente adversa. En los diarios más importantes de la ciudad nos cubrieron de improperios y algunos furiosos llamaron fascistas a Milosz, Kolakowski, Agnes Heller, Daniel Bell, Vargas Llosa y Castoriadis. Un eructo que yo era "un stalinista de derecha". Nadie reprobó esos vituperios. La revista *Nexos*, a pesar de que su director y varios de sus colaboradores habían participado en nuestro encuentro, guardó silencio. Dos años más tarde, bajo el patrocinio de la Universidad y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), *Nexos* realizó otra reunión, el *Coloquio de Invierno*, con temas análogos a los tratados en la de *Vuelta*. La respuesta de la inmensa mayoría de la prensa y de la televisión oficial fue de arrobada aprobación. Un iluminado nos reveló que un triángulo espiritual —tres literatos del invernadero de *Nexos*— guía a la cultura mexicana como la estrella a los Reyes Magos. Pero la verdadera diferencia entre lo que pasó ayer y lo que sucede hoy no está en los denuestos y en los elogios, unos y otros insubstanciales, sino en que nosotros, en *Vuelta*, hemos decidido no callar sino tratar públicamente el asunto del *Coloquio* o *Cuento* o *Sonata de Invierno* (como quiera llamársele). Nos parece que es un caso que debe ser discutido con cierta amplitud, lejos de la actualidad inmediata, y una vez amortiguadas las habladurías. No es una querrela de personas, aunque afecte a varias; tampoco es una cuestión ideológica, aunque las diferencias de ideas tengan su parte. Es un asunto de higiene social y de moral pública.

Antes de entrar en materia debo tratar un punto que me atañe. No es una queja sino un desahogo y, más que un desahogo, un refrigerio, un alivio. Hace unos días cumplí setenta y ocho años. Comencé a publicar mis escritos hace sesenta. Desde entonces, no sé si por destino o por mi temperamento (carácter es destino, dice Heráclito) me he encontrado en la minoría. No lo lamento: nadar contra la corriente fortalece el ánimo y rejuvenece al espíritu. Movido por el entusiasmo o por la cólera, por lealtad a lo que pienso que es justo y verdadero o por amor inmoderado a las inciertas ideas e inestables opiniones de los hombres, he participado en muchas polémicas y disputas. Nací en un siglo batallador y en un acerbo país de peleas encarnizadas. No me arrepiento. Tampoco me envanezco: sé que hubiese sido mejor gastar esas horas conversando con un amigo, con un libro o con un árbol. Me consuela

pensar que nunca me movió el interés y que no corrí con la lengua de fuera tras la perra fama. No fue vil luchar en contra de aberraciones estéticas y morales como el nacionalismo, el realismo socialista y la nebulosa "literatura comprometida"; no lo fue defender a la libertad amenazada por el nazismo, el comunismo y los otros obscurantismos de nuestro siglo.

En ocasiones me dejé arrastrar por la violencia verbal, aunque busqué siempre que me iluminase la razón, que está más allá de las pasiones y de las opiniones. Fui vehemente, no mezquino; colérico, no rencoroso; excesivo a veces, nunca desleal. Como todos, acerté y me equivoqué. Durante años y años me rodeó la indiferencia; después, la suspicacia. Fui excluido, "ninguneado", negado. Tarde ya, logré que me escuchasen; apenas comprendieron lo que decía, me apedrearon. Claro, no todo ha sido sinsabores, reticencias y vejámenes: también he tenido satisfacciones y recompensas. Casi todas, tengo que decirlo, han venido de fuera. Aquí he sido aceptado tarde y de mala gana. En los últimos años alcancé alguna notoriedad. Fue peor: mi nombre, antes rodeado de silencio, ahora provoca denuestos e improperios. Mis amigos me dicen: "no hagas caso, esos gritos son los de una minoría vociferante, siempre resentida y hoy más por su gran derrota histórica en Rusia y en todo el mundo. Tú eres uno de sus chivos expiatorios". Quizás es cierto. De todos modos, es inquietante que parte de la prensa y de la opinión ilustrada de México pertenezcan a esa minoría chacarrachaca y que los más sensatos no intenten siquiera callarla.

Hace unos años una multitud de frenéticos quemó mi efigie en el Paseo de la Reforma. El motivo fue un párrafo de un discurso mío en Frankfurt, alusivo a Nicaragua. Un discurso que nadie había leído. Mi ejecución simbólica fue acompañada de caricaturas y de los aspavientos reprobatorios de los intelectuales, todo bajo la mira de aprobación de los severos censores oficiales. Un poco más y anulan mis derechos cívicos. Me defendió media docena de escritores: fueron valientes y generosos. Los demás, callaron. El linchamiento se ha repetido durante el Coloquio de hibernación intelectual, aunque ahora ha abarcado a Enrique Krauze y, en general, a *Vuelta*. Ha sido menos espectacular, no menos maligno; sobre todo: ha sido deliberado y más hábil. El objeto ya no es mi persona sino *Vuelta*. Somos uno de los obstáculos —no el único ni el principal— de una vasta maniobra para apoderarse de los centros vitales e institucionales de la cultura mexicana. En otras circunstancias, después de sesenta años de bregar, quizá habría cedido. Es fuerte la tentación de imitar a Borges, abandonar al país con sus querrelas e irse a morir en cualquier tierra amiga. O encerrarme en mi casa, entre mis libros, papeles y cavilaciones, como Reyes, Villaurrutia y tantos escritores mexicanos que escogieron el exilio en su propio país. No puedo ni quiero seguirlos: me retiene una causa, soy parte de una

fraternidad. Pienso en los que hacemos *Vuelta* y pienso en nuestros amigos. Pienso también en muchos escritores y artistas independientes: nos separan divergencias filosóficas, estéticas y personales pero nos une la creencia en la libertad de la cultura. En fin, pienso sobre todo y ante todo en nuestros lectores: son el hogar, la familia del escritor y, me atrevo a decirlo, su verdadera patria. Nuestro combate es su combate.

EL COLOQUIO DE LOS INCURABLES

Berganza: Cipión hermano, óyote hablar y sé que te hablo y no puedo creerlo...

Cipión: Así es la verdad, Berganza, y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos sino en que hablamos un discurso.

Cervantes, *El casamiento engañoso*

Los comentarios que haré sobre el *Coloquio* pueden parecer excesivos. No lo son. No lo juzgo en sí mismo sino por lo que significa: es un síntoma de una enfermedad que avanza y se extiende. En un artículo publicado en *Excelsior* y en el número pasado de esta revista (*Coloquio o Cuento de Invierno*) expuse mi crítica: nada más natural y legítimo que un grupo de escritores, unidos por estas o aquellas ideas, se reúnan para discutir temas de su elección y que inviten a las personas que gusten. Todo cambia si es una institución oficial la que patrocina la junta. Es ilegítimo y reprochable que las instituciones tomen partido, se alíen con un grupo y excluyan a los otros. Aunque la Universidad es autónoma, también es nacional y fue indebida la decisión del rector que convirtió a nuestra más alta institución de cultura en el foro de un grupo. La responsabilidad de Conaculta fue aún más grave pues se trata de un organismo gubernamental. También ha sido inaudito e inhumano el uso de la televisión gubernamental y de sus vastos recursos de propaganda y difusión. Hay que repetirlo una y otra vez hasta que lo aprendan nuestros gobernantes: las autoridades tienen que ser estrictamente imparciales. La falta cometida por el presidente de Conaculta es más grave aún si se repara en que la decisión de celebrar el *Coloquio* bajo la exclusiva organización de *Nexos* se adoptó en secreto. Sólo se dio a conocer cuando ya habían sido enviadas las invitaciones y determinado el temario. Fue un bochornoso abuso de autoridad.

Participaron en el *Coloquio* intelectuales mexicanos y extranjeros. Los mexicanos, como puede verse por las primeras listas oficiales que circularon, pertenecían a una sola corriente, la llamada generalmente y sin mucha exactitud "de izquierda". Había, sí, distintas variedades y matices, como hay distintas órdenes religiosas en el catolicismo y sectas diferentes en el protestantismo. Asimismo, los escritores e intelectuales que organizaron el *Coloquio* pertenecían sin excepción a la misma capilla.* Ya muy tarde, en la segunda quincena de enero, Enrique y Krauze y yo nos enteramos de estas exclusiones y en la entrevista que tuvimos con el rector y con Polonio Flores Olea mencionamos algunos nombres omitidos: Gabriel Zaid, José de la Colina Jorge Hernández Campos, Alberto Ruy Sánchez (señalado por Krauze) y algunos otros. Al

día siguiente, esos escritores y otros más recibieron una invitación del oleaginoso Flores. Algunos invitados tuvieron el buen sentido de no asistir: Salvador Elizondo, Gastón García Cantú, Gabriel Zaid, Jaime Sánchez Susarrey y otros. A pesar de estas rectificaciones de última hora, destinadas a simular un pluralismo de recambio, las ausencias fueron notables: Edmundo O'Gorman, Antonio Gómez Robledo, Leopoldo Zea, Luis González, Josué Sáenz, Juan Sánchez Navarro... para no hablar de los eternos excluidos, los intelectuales católicos.

En cuanto a la participación extranjera: fueron más notables y más numerosas las ausencias que las presencias. Al principio se citaron muchos nombres pero la gran mayoría no se presentó. Los organizadores del *Coloquio* no tuvieron la honradez de decirlo y la prensa engañada dio por hecho que Jacques Attali y Hugh Thomas, entre otros, participaban en los debates.* Hubo excepciones. Pueden contarse con los dedos: Fernando Savater, André Fontaine, el historiador francés Guerra y algún otro.** Ningún alemán, ningún japonés, sólo un italiano, un par de franceses... Entre tantas ausencias hubo una extraordinaria: ningún escritor de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria; ninguno de las repúblicas bálticas; nadie de Rusia y los otros países de la Comunidad de Estados Independientes, salvo un superviviente de la *no-menklatura*. ¿Cómo es posible que en una reunión dedicada a tratar los grandes cambios de nuestro tiempo no figure ningún intelectual de los países que han sido precisamente el teatro de esos cambios? La ausencia de intelectuales de Europa Central y de la antigua Unión Soviética no sólo le retira a esa reunión la pretensión de ser internacional sino que la convierte en una verdadera impostura. Si realmente es cierto que dos empresas privadas contribuyeron con mil millones de pesos a la organización del *Coloquio*, hay que decirles que fueron groseramente engañados: echaron su dinero en un pozo.

La representación latinoamericana adoleció de los mismos defectos. Faltaron muchos intelectuales destacados: Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Arturo Usler Pietri, Jorge Edwards, Germán Arciniegas y *tutti quanti*. Anunciaron al economista peruano Hernando de Soto y no apareció por ningún lado; invitaron al ex presidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti y él les contestó con una bofetada de guante blanco. Y lo realmente vergonzoso: en la mesa de debates pontificaron y discursaron un escritor cubano oficial y un nicaragüense sandinista sin que se pudiese oír las voces de los

* Personalidades anunciadas que no asistieron de Europa y Estados Unidos:

John K. Galbraith	Arthur Miller	Gyorgy Konrad
Gunther Grass	Paul Kennedy	Ludolfo Paramio
Jacques Attali	Alain Touraine	John Womack
Umberto Eco	Jean Dauterive	K. S. Karol
Nadine Gordimer	Hugh Thomas	Adam Schaff
Jürgen Habermas	Rossana Rossanda	Wayne Cornelius
Edgar Morin	Régis Debray	

de América Latina y México:

Raúl Alfonsín	Emilio Rosenblueth	Salvador Elizondo
Julio María Sanguinetti	Rafael Segovia	Jaime S. Susarrey
Hernando de Soto	Gabriel Zaid	Gastón García Cantú

* Organizadores del Coloquio: Carlos Fuentes, Pablo González Casanova, Héctor Aguilar Camín, Rolando Cordera, Jorge Castañeda.

** La intervención de Savater fue mutilada por el diario gubernamental *El Nacional* y lo mismo ocurrió con la de Jean Meyer: ambos habían cometido el delito de mencionarse. Chapuzas de escribanillos.

disidentes cubanos y de los demócratas de Nicaragua. A los organizadores se les olvidó la existencia, entre otros, de un Cabrera Infante y de un Pablo Antonio Cuadra. Sufrieron un repentino ataque de amnesia moral. Aquí no tengo más remedio que decir —pido perdón por esta intrusión personal— que el único momento en que hubo una discusión fue el día en que el nicaragüense Sergio Ramírez volvió a calumniarme, repitiendo con estólido aplomo las mentiras que él, y otros como él, han difundido acerca de lo que dije en Frankfurt, en 1984. Alberto Ruy Sánchez, contundente, le respondió como merecía. Ramírez contestó con subterfugios y escapatorias indignas. Naturalmente, fue aplaudido por aquel público de cascos de calabaza. Pero de nada le valió: fue emocionante ver y oír a Ruy Sánchez levantarse, enfrentarse a la claqué rabiosa, callarla y demostrar que aplaudían a un mentiroso. Un poco antes, en el mismo debate, Alejandro Rossi había puesto en su sitio al cubano. Ambos tuvieron que afrontar los gritos, los silbidos y los insultos del público, compuesto no sólo por bandas de estudiantes fanáticos sino por profesores y escritores "de izquierda". Fue un espectáculo que habría hecho sonrojar al mismo Timón el pesimista: ver a conocidos escritores mexicanos —muchos se dicen, o se decían, mis amigos— silbar a los solitarios Ruy Sánchez y Rossi mientras aplaudían al trapalón nicaragüense con una suerte de vengativa alegría.

(Doy públicamente las gracias a Alejandro Rossi y a Alberto Ruy Sánchez. Ambos demostraron ser más amigos de la verdad que de sus amigos. Confieso, sin embargo, que hubiera preferido no verlos entre esa gente. Confieso también que lamento la forma en que Alberto Ruy Sánchez se ha referido a Enrique Krauze: ni ése era el momento de ventilar una querrela personal ni son exactos sus juicios. *Vuelta* es una publicación independiente y en sus páginas no se le ha tratado mal; nunca hemos olvidado su excelente labor como Secretario de Redacción de la revista y siempre hemos reconocido sus méritos de escritor. Y basta: *ad litem*.)

Apunto unas cuantas observaciones sobre los debates y temas del *Coloquio*. La primera: en realidad no hubo debates; la mayoría de los participantes se limitaron a exponer sus ideas, sin discutir o comentar siquiera las de los otros. Extraña pluralidad. Me asombra asimismo que no se hubiesen tratado tres temas que, en las actuales circunstancias de México, era imprescindible discutir: el proceso de transición hacia la democracia; la vigencia del legado de la Revolución Mexicana, en particular por lo que toca a la tenencia de la tierra (o dicho de otro modo: ¿Zapata o Cárdenas?); y las relaciones entre el Estado y la Iglesia. En el dominio internacional fue igualmente inexplicable el silencio sobre las causas de la caída del comunismo y sobre sus probables consecuencias en la historia del mundo. Esta gravísima omisión, de la misma índole que la ausencia de intelectuales del Este y del Centro de Europa, invalida al *Coloquio*. El derrumbe del régimen fundado en 1917 por Lenin y los bolcheviques es el acontecimiento más significativo de este siglo. Eludirlo es eludir la cuestión central de nuestro tiempo. Casi todos los participantes en el *Coloquio* —especialmente los mexicanos y los latinoamericanos— fueron marxistas hasta hace poco. Muchos todavía lo son. ¿No les ha inspirado ninguna reflexión el enorme fracaso histórico tanto de las previsiones de Marx como del programa marxista-leninista? ¿No tienen nada que decir sobre sus ideas, creencias y esperanzas de ayer apenas?

La caída del comunismo es un tema filosófico, histórico, político y económico pero, asimismo, es un tema moral. El comunismo no sólo fue un error político y económico: fue un crimen colectivo. En manos de sus duros e intolerantes herederos, la hipótesis de Marx, a un tiempo prometeica y exorbitante, se convirtió en una doctrina terrorista. En su nombre el Estado Soviético y sus satélites ejercieron durante más de medio siglo un terror sin paralelo: pueblos enteros deportados, naciones amordazadas y millones de muertos. Fue una colosal sangría. Entre los participantes en el *Coloquio* muchos fueron partidarios de esa sombría versión del socialismo. Tantos años en el error y tantos años ante el horror, ¿no merecen una explicación, una confesión, un *mea culpa*? Los millones de víctimas del comunismo son algo más que la consecuencia de la aplicación equivocada de una teoría: son el testimonio de un crimen. Acepto que en muchos casos, tal vez en la mayoría, la complicidad fue involuntaria. Numerosas razones pueden explicar esos extravíos. Pero ninguna de esas circunstancias atenuantes exime a los intelectuales del examen público de su responsabilidad. Dije antes que el silencio sobre la caída del comunismo invalidaba intelectualmente al *Coloquio*. Agregó ahora que lo ha invalidado moralmente.

Para muchos de los participantes en la reunión de *Nexos*, la desaparición de la Unión Soviética significa no la victoria de los pueblos oprimidos en el antiguo imperio ruso sino el triunfo del capitalismo y del imperialismo de los Estados Unidos. De ahí que hayan martillado a sus oyentes con la tontera del mundo "unipolar" (disparate lingüístico y lógico). Esta visión simplista apenas si necesita ser refutada. En primer término: ignora lo realmente decisivo, la victoria del sistema democrático. Ignora también que el apogeo del poder militar norteamericano coincide con su declinación económica y con una nueva distribución mundial de fuerzas y poderes. A la miopía histórica se junta la insensibilidad moral, la sequedad de corazón. Un *leitmotiv* del *Coloquio* fue la obstinada defensa del régimen de Cuba, precisamente mientras el gobierno de Castro fusilaba oponentes y encarcelaba a sindicalistas libres y

El canal azolvado

Ya en prensa este número de *Vuelta*, nos enteramos de que, como preveíamos, el Canal 22 se ha entregado a una persona ligada a *Nexos*. Por lo visto, el proceso de secuestro de los centros públicos de cultura continúa y se acelera. En nuestro próximo número comentaremos esta grave decisión gubernamental.

Vuelta

a profesores universitarios. Hubo, de nuevo, algunas excepciones, como la de Carlos Monsiváis. Me habría gustado, de todos modos, que hubiese sido más explícito: diluyó su crítica con demasiadas cláusulas exculpantes. La mayoría de los oradores del *Coloquio* pidieron que se levantase el embargo norteamericano, como si la escasez en la Isla fuese realmente la consecuencia del embargo y no de la reciente suspensión de los enormes subsidios soviéticos, la falta de divisas y la ineficaz política económica del régimen. En tanto los intelectuales peroraban, la poetisa María Elena Cruz Varela sufría prisión y era vejada por la policía cubana. El silencio del *Coloquio* frente a las indignidades a que ha sido sometida María Elena Cruz Varela es una mancha que no será fácil borrar ni olvidar.

LOS NEXOS DE NEXOS

A lo que dijo el licenciado: Señor alférez, no volvamos más a esta disputa. Yo alcanzo el artificio del Coloquio y la invención, y basta. Vámonos al Espolón a recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento.

—Vamos, dijo el alférez.

Y con esto, se fueron.

Cervantes, *El casamiento engañoso*

Los mexicanos hemos sido testigos, en los últimos años, de grandes cambios en la política y en la economía. Uno de los más notables ha sido el renacimiento, mejor dicho: el nacimiento de auténticos partidos políticos. El crecimiento del PAN no podía sorprender a nadie: recoge ahora los frutos de muchos años de esforzadas luchas independientes. La aparición del PRD, en cambio, fue una sorpresa. Su nacimiento y desarrollo se debe no a una evolución natural sino a la conjunción fortuita de varias circunstancias. Los grupos de la izquierda tradicional (comunistas y otras tendencias próximas) habían sido siempre minoritarios. Hace unos pocos años, como algunos habíamos previsto, el PRI sufrió una escisión.* Varios dirigentes, seguidos por muchos de sus partidarios, se separaron y formaron una alianza con los antiguos comunistas y los otros grupos afines. Así, el movimiento de izquierda creció aunque, debido a su composición heterogénea, aún no ha podido formular un programa político. En otros artículos he examinado los problemas a que se enfrenta el PRD para convertirse en un verdadero partido y dejar de ser una amalgama de tendencias, grupos y personas.

Al mismo tiempo que ocurría la escisión del PRI, otra semejante, aunque en dirección opuesta, dividía a los intelectuales de izquierda. Fue un hecho que pasó casi desapercibido en su momento y que sólo hasta ahora puede verse en su entera significación. De pronto y sin que mediasen muchas explicaciones —el debate abierto no es el fuerte de nuestros intelectuales— el grupo de la revista *Nexos*, el más prestigioso de la izquierda, asumió posiciones más y más cercanas al nuevo gobierno del Presidente Salinas. Curioso intercambio: el lugar que ocupaban Cárdenas, Muñoz Ledo y los otros líderes separatistas en el PRI, ahora lo tienen los intelectuales de *Nexos* en ciertas esferas del gobierno. No sé si la política

haya ganado con el trueque; sé que la cultura, entendida como libre debate, ha perdido.

El cambio de *Nexos* fue de posiciones más que de ideas. Ciertamente, la mayoría atenuó su defensa del "socialismo real", algunos se atrevieron a criticar tímidamente al régimen de Castro y todos se han declarado fervientes demócratas y mantenedores de los derechos humanos. Sin embargo, sobre ciertos temas centrales sus ideas no han variado sustancialmente. Para comprobarlo bastará con leer sus largas tiradas durante el *Coloquio de Invierno*, sus ataques a lo que ellos llaman el "neoliberalismo" y sus elegías por la muerte de la utopía. (Marx y Engels se habrían escandalizado del uso que se hace hoy de la palabra *utopía*; para ellos, el socialismo de sus predecesores era utópico pero el suyo era científico.) Sería exagerado, por supuesto, decir que los intelectuales de *Nexos* no han cambiado. Han dejado de creer en la Revolución y en los movimientos populares; o sea: han dejado de creer —si alguna vez creyeron— en la sociedad. Pero su fe en el Estado sigue intacta. Incluso, ante el derrumbe de su ideología, esa fe se ha fortificado. No sé si se les pueda llamar, todavía, socialistas; estoy seguro, eso sí, de que son estatistas.

La cuestión del Estado es demasiado vasta y no es éste el lugar ni el momento para discutirla. Pero cualquiera que sea nuestra filosofía política, es claro que una cosa es el Estado y otra el estatismo. El estatista cree en la acción del Estado sobre la sociedad; yo creo precisamente en lo contrario: en la acción de la sociedad sobre el Estado. Marx no era liberal y menos aún "neoliberal" pero, en este punto, pensaba lo mismo. Los estatistas son de todos los colores y vienen de los cuatro puntos cardinales: Luis XIV, Lenin y el Emperador Shih Huang Ti. Como mexicano miro con inquietud la tendencia estatista no sólo por ser la heredera del patrimonialismo colonial sino porque en buena parte ha sido y es responsable de la ruina económica del país. Lo mismo puede decirse del resto de América Latina. Aristóteles encontró que cada forma de gobierno engendraba una enfermedad o degeneración: la democracia a la demagogia, la aristocracia al sistema oligárquico, la monarquía al tirano. La enfermedad congénita del estatismo es el populismo. De ahí el recelo con que muchos escuchamos a la mayoría de los oradores del *Coloquio*.

El grupo de *Nexos* está compuesto por gente de la misma generación, parecida educación, ideas e intereses semejantes. Todos son universitarios y muchos entre ellos participaron en las luchas de 1968. Unos pocos son escritores y otros científicos; la mayoría son profesores y su especialidad son las vagas ciencias sociales y políticas. Es un grupo de intelectuales que hasta ahora se han distinguido más por sus declaraciones y actividades sociales y políticas que por sus obras. Son una formación ideológica, militante. Predomina en ellos el espíritu de cuerpo. Son osados y cautos, perseverantes y flexibles, solidarios entre ellos e indiferentes ante el extraño, capaces de sacrificar una idea para guardar una posición, disciplinados en el ataque y en la retirada: virtudes todas más militares y políticas que intelectuales. En su caso, la frase evangélica debe modificarse un poco: no por sus obras sino por sus actos y conexiones los conoceréis. Por todo esto y por una tradición mexicana que, desde el siglo XVI hasta nuestros días, concibe al intelectual no como un crítico del poder sino como su intérprete y su vocero, no es sorprendente que el grupo, a través de una serie de alianzas y bajo la protección

* Véase *La política y el instante* (1981), pp. 245 y 246, texto recogido en *Pasión crítica* (1985)

oficial se haya fortificado y extendido. Hoy es una red que envuelve a muchos centros vitales de la cultura mexicana y que domina a otros. Mencionaré algunas de sus plazas fuertes: Conaculta, la Universidad, el Instituto Indigenista y el de Antropología, la televisión gubernamental y el diario *El Nacional*, también del gobierno. Sobre su revista y su editorial lleven los favores oficiales.

El *Coloquio de Invierno* se inserta en este contexto. No fue un acto aislado sino una operación dentro de una campaña. Una acción de esa envergadura necesita amigos y valedores. De ahí que hayan invitado a escritores conocidos que, a pesar de no pertenecer realmente al grupo, podían ser útiles aliados. Contrataron a varios figurones y figurines; aceptaron encantados: ayúdame que yo te ayudaré. También habían convidado a Nadine Gordimer pero como los dejó plantados trajeron, a última hora, para salir del paso, a un comparsa. Algunos periodistas han visto en esa reunión una tentativa gubernamental para atraerse o, al menos, para neutralizar, a los grupos de izquierda que aún militan en la oposición. Otros van más allá e insinúan que fue una maniobra preelectoral de un grupo dentro del mismo gobierno. No sé si estas hipótesis son ciertas. No puedo ni me interesa verificarlo. Señalo, sí, que la ideología de la mayoría de los participantes en el *Coloquio* diverge profundamente de la política del régimen actual; al mismo tiempo me asombra su silencio frente a esa política. Hay en esta actitud una incongruencia que, aunque no sea imposible explicar, resulta muy difícil justificar. Pero más allá de la significación política inmediata del *Coloquio*, subrayo algo que a mí, como escritor, me parece esencial: esa reunión fue un episodio de una campaña para apoderarse de los centros vitales de la cultura mexicana. Esta es la verdadera significación de la polémica actual. Es claro que se trata de una cuestión que sobrepasa con mucho a las consideraciones de la política militante de esta o de aquella tendencia.

La situación que he descrito sumariamente es un signo no de la modernidad que avanza sino del pasado que se niega a irse. Un hecho ilustrativo: los intelectuales de *Nexos* no desempeñan las funciones que generalmente se confían a sus congéneres en la administración pública. No se les emplea como expertos o técnicos en esta o aquella rama de la ciencia, la educación, el arte o la literatura: se les emplea como ideólogos. De ahí que buena parte de sus actividades se desarrollen fuera del gobierno propiamente dicho. Por ejemplo, se les ha dado una hora semanal en la televisión oficial, algo que es inaudito en cualquier régimen democrático moderno. Se dice asimismo que se les confiará la administración y la dirección de un canal entero, lo que sería un abuso aún mayor. Todo esto recuerda, inmediatamente, la situación de los intelectuales de Nueva España. Pero aquellos intelectuales eran teólogos y artesanos, cruzados al servicio de una monarquía militante, defensora de una ortodoxia universal. El régimen de México no es el de la monarquía española y el gobierno actual se ha declarado más de una vez por la modernización económica y política. Muchos han aplaudido su política y yo he sido uno de los primeros. Aludo no sólo a las reformas económicas sino a la nueva legislación sobre la tierra y a la que norma las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Lo mismo digo de la reforma del código electoral, aunque la juzgo incompleta. En esta materia aún nos falta mucho

por andar. Más de una vez he afirmado que la modernización económica es inseparable de la política y que esta última implica democracia y pluralismo. Agrego ahora que si las reformas económicas y políticas no comprenden también al dominio de la cultura, la modernización se disolverá en una humareda. Lo que hoy está en juego es, justamente, la libertad de la cultura, sin la cual las otras libertades se desvanecen.

No nos enfrentamos a una tentativa por imponer una ideología sino a la acción de un grupo que intenta, más allá o más acá de las ideologías, controlar los centros de la cultura. Por esto mi comparación con Nueva España —dominada por un Estado plenamente ideológico— no fue del todo exacta. El verdadero parecido se encuentra en nuestro pasado reciente. Me refiero a la hegemonía que ejerció el grupo de intelectuales llamados popularmente "los científicos" durante la administración de Porfirio Díaz. Entre una y otra situación hay semejanzas impresionantes. Los "científicos" habían pertenecido a dos facciones liberales, las de Iglesias y Lerdo, enemigas y rivales de la porfirista; los de *Nexos* vienen de una franja de la oposición: la izquierda que nace hacia 1908. En cuanto a los orígenes intelectuales de los dos grupos: los primeros partidarios de Díaz fueron liberales "puros", como Vallarta y Riva Palacio, en tanto que los "científicos" venían de otra filosofía cercana pero adversa al liberalismo: el positivismo. Los de *Nexos* vienen del marxismo, una ideología no sólo radicalmente distinta a la de la Revolución Mexicana sino contraria a la herencia liberal, una tradición que no ha cesado de influir en los sucesivos regímenes mexicanos desde la derrota de los conservadores y de Maximiliano. Pero en este punto se quiebra la simetría entre ambos movimientos y aparecen las diferencias. Apuntaré tres, que me parecen decisivas.

Con atingencia y sutileza, los "científicos" llegaron a una suerte de síntesis entre el liberalismo y el positivismo. Este hábil ajuste les sirvió de baluarte intelectual durante más de veinte años. Por su parte, como ha mostrado Jaime Sánchez Susarrey, los de *Nexos* han intentado un acuerdo o amalgama entre el marxismo y la ideología de la Revolución mexicana. Han fracasado porque el marxismo es una filosofía en liquidación y porque la herencia de la Revolución mexicana se ha dispersado. Hoy hemos descubierto que no hubo una sino varias revoluciones: la de Madero no fue la de Calles ni la de Cárdenas la de Carranza. En un tema esencial como el de la tierra, sabemos que las posiciones de Antonio Díaz Soto y Gama y los otros fundadores del Partido Nacional Agrarista, herederos directos de Zapata, eran radicalmente opuestas a las de Cárdenas. ¿Con quién quedarse: con Zapata o con Cárdenas? La segunda diferencia es la siguiente: los "científicos" dominaron la cultura de México durante casi todo el gobierno de Díaz; los de *Nexos* comienzan su carrera de dominación en un momento de profunda transformación democrática. A la inversa de los "científicos", no viven el comienzo sino el fin de un sistema: México será moderno, es decir, democrático, o se hundirá ahogado por el estatismo y el populismo. Y la tercera diferencia, la capital: ¿en dónde está el Justo Sierra de *Nexos*?

Mi largo alegato toca a su fin. Espero haber dejado en claro que no se trata de rivalidad de dos grupos, como se ha dicho con ligereza. La discusión gira en torno a dos concepciones opuestas de lo que debe ser, en una sociedad moderna, la relación de los intelectuales con el poder. Es un combate

que iniciamos, hace ya veinte años, en *Plural*. Confío también en que no se vea en mis palabras —a veces, es cierto, dictadas por la impaciencia y aun por la irritación— una tentativa de denigración de los intelectuales que forman el grupo de *Nexus*. Nuestras ideas son distintas y también lo son nuestros gustos literarios. No importa: respeto esas ideas y trato de comprender sus preferencias estéticas. Ni yo ni nadie en *Vuelta* quiere la desaparición de *Nexus* y su grupo. Al contrario: son parte de la vida intelectual mexicana. Sin ellos el diálogo que es toda cultura perdería a uno de sus interlocutores. Pero debemos impedir que se perpetúe una tradición que ha hecho más mal que bien a la cultura y a la democracia de México. No debe darse a ningún grupo el privilegio de

disponer de los medios y los instrumentos públicos de comunicación. Nuestra aún débil república de las letras no puede volver a ser una corte ni una oligarquía de favoritos y de influyentes. No le pedimos ningún favor al Dios a la criatura humana que los gobiernos no deben hacer favores. La teología de Sor Juana acerca de los favores negativos puede iluminarnos en este caso. Defensora del libre albedrío, ella decía que el mejor y más grande favor que podía hacer Dios a la criatura humana era no hacerle favor alguno: dejarla en libertad. Ella se refería al Todopoderoso; nosotros a los poderosos. □

México, a 4 de marzo de 1992

